

Fray Prudencio de Sandoval, cronista de Carlos V*

En dos ocasiones solemnes consignó fray Prudencio de Sandoval datos precisos sobre sus orígenes patria y familia. Al hacer su profesión religiosa en el monasterio de Santa María la Real de Nájera, escribió: “Soy natural de Valladolid. Mi padre se llamaba don Hernando de Tovar, señor de Villamartín; mi madre, doña María de Sandoval”. Próximo a franquear los umbrales de la eternidad, repitió de manera rotunda: “Nací de padres honrados y de legítimo matrimonio, pero no los conocí, porque murieron antes de que yo tuviese edad”.

Los críticos, poniendo en tela de juicio la veracidad de afirmaciones tan concluyentes, consideraban a fray Prudencio como hijo bastardo, pero hoy está claro que el cronista de Carlos V no mintió ni al hacer su profesión religiosa ni en su lecho de muerte.

Nació en viernes, a la hora que en su parroquia tocaban a misa mayor, por el año 1551 ó 1552. Desde su niñez mostró un carácter débil y vacilante. Siendo obispo de Tuy, Gregorio de Castro, que le conoció de cerca, lo caracterizó así: “Es santo, pero de poco valor y muy fácil de reducir a cualquier cosa que le digan”.

Sentíase atraído por el brío de las armas, pero sus tíos lo enviaron a la universidad de Alcalá de Henares. Interrumpió sus estudios y no teniendo más de catorce años de edad, tomó el hábito benedictino en San Andrés de Espinareda, en el Vierzo. Allí, pocos meses después, el tierno novicio fue seducido por un servidor poco fiel de la Orden, que lo arrastró fuera del monasterio, pero fray Prudencio no tardó en abandonar a aquel “rapaz liviano”, y bajo la férula de sus tíos, volvió a las aulas universitarias; esta vez en Salamanca. Aun no habían transcurrido tres años completos cuando, presionado por los que cuidaban su destino y colocación, el joven estudiante retornó al claustro en Santa María la Real de Nájera, donde recibió definitivamente el hábito el 28 de abril de 1569.

Esta casa fue para él como una segunda madre. En ella se despertó su vocación más auténtica y sincera; la vocación de historiador, que le había de llevar a la cúspide de la gloria. Sus innegables méritos no pasaron desaparcibidos ni indiferentes a sus superiores. Él, sin embargo, veía un abismo infranqueable entre los honores y cargos que le

* *Pregón*, n. 55, 1958.

daban y los que creía merecer, y no ocultaba su descontento, patente hasta la víspera de su muerte. No debía ser un compañero cómodo. El convento comenzaba a pesarle.

Una circunstancia inesperada vino a torcer el rumbo de su existencia, arrancándolo de la monótona vida frailuna. En 1598 es nombrado procurador general de la Congregación de San Benito en la corte, en el momento en que su primo don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, se convertía en omnipotente valido de Felipe III. El oscuro fraile vio abrirse el mundo ante sus ojos y no descuidó sacar todo el partido posible de la nueva situación. En el mismo día en que el nuevo soberano hizo su entrada solemne en la capital de su monarquía, 8 de noviembre de 1598, fray Prudencio presentó al valido en manuscrito su *Crónica del inclito emperador de España don Alfonso VII*, obra de gran aliento que constituía no sólo una exaltación del monarca, sino también del linaje de los Sandoval. Se comprende que fuese impresa sin dilación alguna a costa del real tesoro.

Desde entonces comenzaron a llover los favores sobre el hasta entonces ignorado monje benedictino. Primero una pensión de 200 ducados anuales sobre el obispado de Cuenca para ayuda de sus gastos; en seguida, el cargo de cronista de Su Majestad, con 50.000 maravedís de sueldo al año; luego las dignidades de prior del Real Monasterio de San Juan de Naranco en Liébana, abad del monasterio de San Isidoro de Dueñas y obispo de Tuy. Él había solicitado de su amigo don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, la mitra leonesa, escribiéndole: “Dicen que está vaco el obispado de León; éste es bueno para un fraile. Sé que poniendo V. M su cuidado en ello, se hará la proposición”. Sin embargo, no fue así. El titular de Tuy pasó a ocupar la sede de León y fray Prudencio tuvo que resignarse con la de Tuy. En este momento sus bienes consistían en unos doce mil ducados, de los que debía unos dos mil. Le quedaban, por tanto, unas diez mil libras, suma no despreciable para un fraile que había hecho voto de pobreza.

Sin embargo, Tuy no iba a ser su sede definitiva. A los tres años, en el curso de un mes, fue propuesto, una tras otra, para tres sedes distintas –Badajoz, Zamora y Pamplona–, viéndose obligado a aceptar la que menos le agradaba, la de Pamplona. En carta al secretario González de Heredia manifestó su conformidad “con la voluntad de los Reyes del cielo y tierra, que se sirve de que yo ande por los arrabales de España, de gallegos y portugueses a navarros y franceses”. Frisaba entonces en los sesenta años. En los ocho años restantes de su vida hubo de enfrentarse con graves problemas, como la paz con Francia, alterada por una guerra de fronteras, la erección de un Seminario Conciliar, la fundación de una Universidad, las brujas, la reforma y restauración del convento de benedictinas de Estella.

A pesar de todo, aún encontró tiempo para preparar la segunda y definitiva edición de la obra que había de cimentar su reputación de historiador. Nos referimos a su *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V, máximo, fortísimo, Rey Católico de España y de las Indias, Islas y Tierra firme del mar Océano* (Valladolid 1604-1606; Pamplona 1614).

Sandoval concibe la obra histórica como una cadena de documentos. No depura las fuentes. Si un testimonio contradice a otro, no pretende averiguar cuál de los dos dice la verdad. Los acepta igualmente. Se sirve de todas las crónicas anteriores y las utiliza sin escrúpulo hacia la propiedad intelectual; pero para él, lo esencial son los documentos. En este punto tuvo la fortuna de disponer de una ingente cantidad de fuentes inéditas de todas clases, que constituyen el valor principal de su obra. Es ingenuo y crédulo, en demasía, pero ecuánime en sus juicios y, cuando dice cosas que tiene en el alma, escribe con pintoresco desenfado. Todos los biógrafos del gran emperador han encontrado en esta monumental obra un inagotable filón de noticias.